

La noche es cómplice natural del miedo. Su oscuridad, ya sea intangible o sugerida, nos propone peligros a cada paso y, cuando el silencio la acompaña, la simple caída de una hoja seca se transforma en un estrépito. Si la luna llena brilla en el cielo las leyendas sobre hombres lobos o vampiros aparecen involuntariamente en nuestros pensamientos haciéndonos estremecer y mirar hacia atrás sobre el hombro. Cuando la noche es totalmente oscura no hacen falta asociaciones, el temor ancestral a lo oculto se nos trepa a las espaldas demorándonos el paso por las zonas más lúgubres.

Aquella noche era oscura y lloviznaba. No era una llovizna terca de esas que insisten e insisten hasta transformarse en chaparrón justo cuando hemos emprendido el camino. Era una llovizna apenas insinuada, como las que suelen acompañar a la neblina. Ahora que lo menciono, recuerdo que también había algo de neblina.

Yo debía recorrer casi dos kilómetros hasta el lugar donde, a las cuatro de la mañana, pasaría el colectivo que debía llevarme hasta el trabajo. Hacía poco que me había mudado a esa finca, alejada de la ruta, y todavía no me había adaptado a caminar con confianza en plena oscuridad. El camino era de tierra, en partes duro, de base salitrosa, y en partes medanoso. Nadie cuidaba esa calle. Su franja central se mantenía limpia de yuyos debido al paso de vehículos, carros, bicicletas o gente que pasaba caminando, generalmente de día. Y yo iba por ahí, enfrentando la tenue llovizna a cara limpia. No hacía frío, la primavera era inminente, los álamos ya se habían vestido de follaje y las morenitas del borde del camino se levantaban negras y poderosas.

Noté que mi cabello se estaba mojando más de lo deseado y me protegí por detrás levantando al máximo el cuello de mi campera. Levanté los hombros y así, tratando de no perder el rumbo ni el centro del camino, seguí andando. Pero la noche era muy oscura y la escasa claridad que desde algún lugar se reflejaba en la neblina no alcanzaba para guiarme. A cada momento tropezaba con yuyos, cascotes o irregularidades que me indicaban que estaba transitando por el borde de la calle. Miraba de reojo las oscuras morenitas que se alzaban misteriosas a ambos lados, a veces

rozándome los brazos. No podía negarlo, a pesar de ser un adulto me sentía inseguro como un niño abandonado.

De pronto la visibilidad aumentó un poco; los bordes del camino habían sido quemados y la franja negra que se adivinaba franqueando mi paso también permitía que la poca claridad que emanaba de la neblina resaltara sobre el centro de la calle.

Entonces lo vi. No pude evitar un instintivo desvío hacia la izquierda mientras mis pies y mi corazón se detenían. Era un hombre, o al menos eso indicaba su silueta, enorme, de pie, junto al alambrado, con un palo o algo similar en las manos. Estaba a poco más de cinco metros del lugar donde finalmente me había detenido, sinceramente espantado de la sorpresiva aparición.

Pensando rápidamente imaginé que sería un vecino en tareas de riego nocturno; estaba a punto de saludarlo y realmente lo hubiera hecho si la voz hubiera salido de mi boca.

Pero no me dio tiempo. Lo vi levantar lo que en un reflejo adiviné un azadón y venírseme encima con un gruñido espeluznante. Salté hacía un costado esquivando un golpe que aún estaba lejos y comencé a correr desesperadamente. Podía sentir claramente la pesada carrera del hombre a pocos metros detrás y podía imaginarlo con el azadón en alto. Eso era suficiente para agregar velocidad a mis piernas, haciéndome inalcanzable.

¿Quién sería? ¿Un loco? ¿Un asesino? ¿Un ogro salido de un cuento? Esas y otras muchas otras preguntas iban surgiendo y quedando postergadas para un momento impreciso en el cual ese peligro que venía corriendo detrás hubiera desaparecido.

Tropecé un instante con algo y esa pequeña ventaja se vio correspondida de un azadonazo que se clavó en la tierra húmeda, un metro detrás de mis pies que ya habían recommenzado su alocada carrera. El gruñido de impotencia de mi seguidor mientras arrancaba el azadón incrustado en el barro me indicó que ese ataque anticipado lo había retrasado. De todos modos no pensaba esperarlo, continué corriendo hacia la nada, atropellándome la neblina que en ese sector había regresado disimulando aún más los bordes del camino.

Entonces sentí que pisaba en el aire, caía e inmediatamente me hundía en un agua salada que reconocí instantáneamente. Había olvidado el desagüe que cruzaba el camino, el puente era estrecho y acababa de caer por su costado derecho.

Estaba hundido hasta los hombros, quieto y tomado de unas totoras que circunstancialmente habían quedado a mi alcance. Me espantaba pensar que mi seguidor ya estaría en la orilla, mirando hacia el agua, buscándome en esa oscuridad profunda que ahora me protegía. Lo sentía caminar nervioso recorriendo el borde del desagüe. Pasó sobre el puente y desde la otra costa me buscó nuevamente mirando hacia el agua y tocando a veces las totoras con el azadón. Yo permanecía inmóvil, aunque sopesando la posibilidad de que el hombre se introdujera en el agua ya había calculado sumergirme lentamente y salir lo más lejos posible, siguiendo el curso del cauce.

Pero no lo hizo. Se quedó allí, gruñendo de rabia mientras recorría una y otra vez la zona donde me había escuchado caer.

Una hora más tarde aún estaba ahí, sentado sobre el puente y esperando. Yo había comenzado a congelarme y empezaba a pensar en dejarme llevar por el agua hasta un lugar seguro. Pero para eso debía pasar debajo del puente, a metros de las piernas de mi agresor. El peligro de que me advirtiera me hacía demorar esa idea.

De pronto lo sentí ponerse de pie. Al hacerlo, recortada sobre la neblina y ayudado por la costumbre que mis ojos ya habían adquirido, pude ver su silueta en toda su inmensidad. Realmente era muy grande, tal vez de unos dos metros de altura. Mantenía el azadón en su mano derecha mientras se alejaba lentamente. Entonces escuché su voz por primera vez, gritándole a la oscuridad que me resguardaba:

- ¡Hijo puta!... ¡Hijo puta!...

Esperé un rato antes de moverme y luego, lentamente comencé a escalar el escarpado borde del desagüe. Cuando estuve afuera, tiritando de frío y aún de miedo, me senté en el suelo tratando de escurrir de algún modo el agua que me había traspasado hasta la última célula de la piel, llevándose

todo mi calor natural. La claridad de la neblina anunciaba el sol que desde hacía varios días insistía en esconderse tras un espeso manto de nubes.

Más tarde, cuando llegué a mi casa, transportado por el patrullero policial, me di una ducha hirviente que no alcanzó a mitigar el frío que tenía instalado hasta en los huesos. En dos horas de averiguación no habíamos llegado a saber nada del misterioso atacante.

En la finca donde declaré habérmelo encontrado no conocían a nadie de ese tamaño. Una sola familia vivía allí desde hacía dieciocho años y el único hombre de la casa medía un metro sesenta.

En la finca de enfrente la respuesta fue similar; nadie podía siquiera imaginar quién sería mi agresor.

Averiguando, durante los días de permiso que me dieron en el trabajo, y por supuesto en horas de sol, pude saber que, en la casa donde yo estaba viviendo había muerto un hombre que correspondía en algo con los datos que mi memoria había retenido. Era un alemán inmenso, de costumbres algo raras, su esposa había muerto imprevistamente y su único hijo había viajado a Alemania. Pocos meses después el hombre se había ahorcado colgándose con un alambre del frondoso árbol que aún reinaba en mi patio. Fácilmente pude identificar la rama donde la cicatriz en la corteza no había llegado a borrarse.

Pero no estaba dispuesto a reconocerme atacado por un zombi o un espíritu reencarnado; el hombre que había intentado matarme era de carne y hueso y el azadón que llevaba era de acero y madera dura.

La policía investigó unos días y finalmente llegaron a mi casa para decirme que seguramente se trataba de algún delincuente de paso que ya estaría a kilómetros del lugar. Pero yo no pensaba pasar más por ese lugar de noche; al menos no lo haría sin tomar mis precauciones.

Llegó el final de mi licencia y debía presentarme a trabajar al día siguiente. Sobre mi ropero guardaba un viejo revólver calibre treinta y ocho, herencia de mi abuelo materno. Esa mañana compré unas balas y por la tarde ensayé unos tiros contra un viejo eucalipto. Funcionaba

perfectamente, llevarlo me daría la tranquilidad que necesitaba para recorrer ese camino nuevamente.

Y ahora estoy aquí, justo en el lugar donde ocurrió aquel primer ataque. Son las cuatro y media de la mañana. La noche es mucho más clara que aquella y aunque faltan algunas horas para que el sol se anuncie, pueden divisarse perfectamente los viñedos, las alamedas y la calle. También puede verse el alambrado y junto a él, boca abajo, del mismo modo en que cayó cuando le disparé, el cadáver de un enorme alemán loco que, casualmente, se suicidó hace varios años en la misma casa donde vivo.